

la santa se conmovió. "Pues bien! sí, le respondió un día, sí, mi querida Catarina, ya lo he pedido á Dios y quiere escucharos. Cerrad la puerta, añadió, recogeos y preparad bien vuestra alma. . . . ve aquí que el ángel de Dios va á venir." Y entonces apareció el ángel; era un niño el más hermoso que hubiera visto jamás criatura humana: sus blancos vestidos eclipsaban la claridad de la nieve, y relucía en su frente como el brillo de un astro. . . . La pobre mujer, inmóvil, sin decir palabra, mas como embriagada, creíase ya en el cielo! Además, sin ver á ninguna persona veía una multitud de manos extendidas hacia la santa, como pidiendo una limosna. "Hermano mio, ángel, dijo en ese momento Liduvina, honrad á mi hermana con una de vuestras miradas, dejándole ver el celestial esplendor de vuestros ojos." Inmediatamente el ángel vió á la piadosa viuda, mas con una mirada tan inefable y tan dulce, con una mirada con la cual sintió tan ardiente impresión de dicha, que durante algún tiempo desdeñando todo alimento no podía hacer más que llorar. . . . y hubiera querido morir!

"Yo no conozco, decía muchas veces Liduvina, ninguna amargura ó angustia de corazón, que una sola mirada de mi ángel no disipe fácilmente, como los rayos del sol disipan el rocío de la mañana." Oh! cuál será pues nuestra dicha en la patria, en el seno de Aquel que sólo es la vida y la hermosura, si la vista del menor de sus siervos basta para embriagar aquí y cambiar en alegría nuestros dolores!

Entre los ángeles y los hombres hay un parentesco y un lazo que los une, y es la virginidad. Siempre y realmente, una alma pura viene á ser hermana de los ángeles.

CAPITULO IX.

PROGRESO ESPIRITUAL.

Pobreza de Liduvina.—Rico es el que se contenta con lo que tiene.—Oferta que hace un gran Señor á la virgen.—Su penitencia, su humildad y dulzura.—Hermosa explicación que dá de la acción de las tres Personas de la Santísima Trinidad en la Encarnación del divino Verbo.—Una mujer de mala vida la escupe.—Cómo soporta los defectos de los otros.—El Duque Juan de Baviera.—Obediencia.—Pureza.

Dios nada nos envía, dolores ó consuelos, sin que sean de su parte una gracia amorosa. Y no siendo toda gracia en sus misericordiosos designios mas que un socorro puesto á nuestra disposición para hacernos llegar á la santificación, y por ella á la salvación, es evidente que las cruces así como los beneficios, deben hacernos mejores, tendiendo á una vida más y más fecunda en obras de santidad.

Así lo comprendía Liduvina, y su corazón regado con las aguas de la tribulación y vivificado por algunos rayos de alegría que el cielo le enviaba, se embellecía de día en día semejante á un fértil jardín en el cual las más suaves virtudes se abrían como otras tantas flores hermosas y admirables. Contemplemos estas flores celestiales, estas espléndidas virtudes de Liduvina, para embalsamar nuestra alma con su benéfico perfume.

Ya conocemos su pobreza, la cual era en ella una virtud real y elevada, no como esa pobreza forzada,

impaciente, devorada de pesares y codicias, insumisa, que siempre murmura y se queja. Era una pobreza aceptada voluntariamente, llevada con gozo, bendita, amada, que formaba su dicha, y de la cual no quería prescindir. A veces su penuria era extremada, y cuando le decían, ¿os falta alguna cosa? "gracias á Dios, respondía, á mí nada me falta."—Cómo! le dijeron un día con envidia unas mujeres que le oían dar esta respuesta: ¿por ventura no sabemos bien que careceis de todo? lo que decís es una mentira culpable!—"perdón, hermanas mías, respondió lá humilde sierva de Jesús, mas yo creo decir con eso la verdad, porque el ser rico es saber contentarse uno con lo que tiene. Es cierto que yo no tengo plata ni oro, ni las delicias de los que el mundo llama dichosos; mas á lo ménos tengo como ellos ó tanto más que ellos la abundancia de las miserias de la vida. . . . y ésta es una abundancia, y una riqueza como cualquiera otra, la cual me basta, y por lo que doy gracias á Dios de todo mi corazón." Habiendo venido á visitarla un opulento señor de Flandes, y ofreciéndole hacer construir para ella una hermosa casa en lugar del triste aposento en que sentía verla tan mal alojada, la santa respondió: "no, hermano mio, os lo agradezco, Señor, mas no acepto vuestra oferta, pues quiero morir en este aposento, y no tendré otra habitación mientras viva. Oh! añadió, si alguno después de mi muerte quisiere transformar esta casa en un hospital para los pobres, con toda mi alma bendigo tal obra, y pido á Dios que la recompense liberalmente." Este buen deseo vino á ser como una profecía, que después de la muerte de la virgen, realizaba un médico tan piadoso como ilustre, Guillermo, hijo del célebre Sonder-Dank, del que hemos antes hablado.

Mas pasemos, de la santa pobreza de Liduvina á los rigores de su penitencia. Aquí no tenemos mas que recoger en un solo cuadro cuanto hasta aquí habemos dicho. Qué penitencia! qué vida de nuestra santa! Esta casa baja, húmeda y fría, ese miserable retrete en donde el sol puede apenas hacer penetrar sus rayos consoladores: ese cuartito mas semejante á un sepulcro que á un aposento habitado por los vivos; esos harapos llenos de sangre, y ese cuerpo débil recostado en la paja, devorado por un continuo martirio y cayendo á pedazos; ese cinto de crines añadiendo sus llagas y tormentos á tantos otros tormentos, toda la pobre criatura, quebrantada, deforme, crucificada, sin tener otro alivio que sus torturas, ni otra recreación que sus lágrimas, ni otro festín que sus dolores, ni mas convidados que los gusanos: en una palabra, esta agonía sobrehumana que dura más de diez años, y después sigue otros veinte, y que nunca de ello se queja sino que ama á Dios y le bendice, que sabe aun sonreír á los hombres y hacerles bien. . . . Si: todo esto confunde, trastorna al alma y la arroja en una especie de sueño febril que la hace exclamar espantada: Dios mio! Dios mio! Esto nos hace preguntar: ¿Hay acaso un santo ó un mártir que haya hecho mas rigurosa penitencia, ó que haya padecido mas admirablemente?

Ved ahora en nuestra virgen otras virtudes que se mezclan y confunden como una sóla, prestándose mutuamente su encanto tan atractivo: la humildad, la virtud por excelencia, sin la cual no hay otra alguna, y á cuyo rededor vienen á agruparse la dulzura y la paciencia, esas dos virtudes que florecen siempre á la sombra de la humildad.

En efecto; Liduvina era tan humilde, que le tenía

horror á los honores como en el mundo se les tiene horror á las humillaciones, y amaba los abatimientos con más pasión de la que se encuentra en el mundo para buscar la gloria; y así lo muestra la historia entera de su vida. La multitud, y el empeño, los respetos que llegaban á ella la horrorizaban y espantábase sobre todo de las luces, gracias y privilegios extraordinarios con que Dios se dignaba honrarla, de suerte que si la obediencia y la caridad se lo hubiesen permitido, no habríamos jamás conocido multitud de prodigios obrados en ella! mas citemos á lo ménos, sin anticipar los hechos, una circunstancia en que la humildad de nuestra santa tuvo mucho que sufrir.

Un dia llegó á visitarla un gran doctor, profesor de Teología, religioso de los más distinguidos de la Orden de Santo Domingo, el cual había oido hablar de Liduvina de diversas maneras, pues unos le habían elogiado sus luces; y otros la habían despreciado como una ignorante. El doctor quiso juzgar por sí mismo; y con este fin vino de Maestricht. Tuvo pues con ella una larga conferencia sobre una multitud de asuntos, después de los cuales le hizo esta pregunta: "Liduvina, le dijo, deseo saber de qué manera las tres Personas de la Santísima Trinidad han obrado en el seno de la gloriosa Virgen María, la Encarnación del Verbo divino; exijo que me digais lo que pensais acerca de esto."—Yo! dijo la piadosa enferma, alarmada del peligro que corría su humildad; yo, Padre mio! y defendíase entonces con excesiva vivacidad; mas nada le aprovechó, aunque objetó su nada, su profunda ignorancia, y la profundidad de tal cuestión. "Yo lo quiero, os repito, replicó el doctor casi con amargura, y si es preciso, aun os conjuro por el temible juicio de Dios, á que me respondais." A una prescripción tan

solemne no había ya que replicar; y así la pobre joven se puso á llorar con tanta aflicción que el doctor se sintió profundamente conmovido; mas permaneció inflexible, y fué preciso obedecerle. "Pues bien, Padre mio, dijo Liduvina ruborizándose, voy á procurar hacerlo; para explicar mejor mi pensamiento, me valdré de una comparación, yo supongo, pues, un cuerpo solar de donde parten tres rayos distintos, que en seguida se reunen de tal manera que no forman mas que uno solo; supongo además, que esos tres rayos muy anchos al salir del cuerpo solar, van disminuyendo á medida que se alejan hasta no formar en su extremidad mas que una punta aguda é indivisible como la de una lanza. Pues esta punta única, formada de los tres rayos, mírola penetrar en el interior de una humilde casa, en la cual va á producir la luz y la vida. Vos, Padre mio, habreis comprendido bien mi pensamiento: entiendo por ese cuerpo solar, la gloriosísima Divinidad; por los tres rayos distintos que salen de ese sol, las tres Personas que emanan de la esencia divina, por la dirección de esos rayos hacia un mismo término, la operación común á las tres adorables Personas en la Encarnación del Verbo divino. Después, cuando los tres rayos se reunen en una sola punta, contemplo en eso la unidad de operación á la que concurren las tres divinas Personas, y esta punta misma, ese rayo extremo formado de los tres rayos, es para mí, la imagen del Verbo que termina en la Encarnación, bien que ésta sea obra de las tres Personas juntas. Después de esto, Padre mio ¿qué necesidad tengo de decirlo? La humilde morada de que he hablado, es el casto seno de María, en el que el Verbo hace su divina entrada, y se digna unir á su propia substancia, la substancia más pura de la augusta Virgen, sin partir su persona-

lidad, de modo que después de esta unión hay en El-dos naturalezas y una sola Persona, que es la adorable Persona del Hijo de Dios! he aquí, Padre mio, lo que yo puedo deciros en esta materia.» A esta respuesta, el sabio dominico quedó tan admirado, que se puso á decir con entusiasmo delante de todos, quo no había encontrado jamás en ningún teólogo una figura de este misterio más exacta y luminosa. La humilde Liduvina, con esto se asustó todavía más. «Padre mio, exclamó llorando, tened compasión de mí; yo no soy nada, nada; no hay en mí más que miseria, miserias y pecado, ved mi debilidad y no volvais jamás á ocuparos de mí! Pero por más que ella deseaba el secreto, el religioso edificado se complacía en publicar su respuesta en todas partes; y el que había venido á visitarla con precauciones, hízose desde aquel dia su más ardiente panegirista y su más adicto defensor. Pero, aparte de la humildad que huye los aplausos y tiene temor de todo esplendor mundano, había en Liduvina, otra humildad más rara y más meritoria, como más difícil, y que practicaba admirablemente: la humildad que es dulce y paciente, es decir, que no sólo sabe aceptar sonriendo la enfermedad ó la aficción, sino que llega hasta permanecer tranquila y serena ante un desprecio ó una injuria, ó una contradicción ó capricho de otro; que responde á la cólera con el amor, al insulto por el perdón, y al ódio por los beneficios! No le faltaban ocasiones de practicar esta virtud y ya hemos oido á las vecinas tratarla groseramente de engañadora é hipócrita, pudiendo citar otros muchos ejemplos, de los cuales vamos á referir uno ú otro.

Cierta mujer de mala vida entró un dia en casa de la santa, en un estado de ira tan furiosa, que se hu-

biera dicho que era una hiena ó más bien un demonio desencadenado del infierno; al principio dirigió á Liduvina un torrente de reproches y de injurias de las más ofensivas, mas viendo que la enferma permanecía con todo tranquila, escupió cuatro veces el rostro de la santa esposa de Jesucristo, que quedó feamente manchado con tan inmundas salivas! mas como ni este nuevo ultraje pudo arrancar una queja á la humilde virgen, exasperada aquella fiera horrorosa, se puso á gritar como si le hubiesen hecho algún daño, y á tal grado, que los vecinos acudieron queriendo vengar á la santa; mas Liduvina detuvo la tempestad calmando aquella indignación, é hizo todavía más, pues la misma tarde de esa odiosa escena, envió secretamente un regalo á la proterva mujer. «Id, decía, al dar esta tierna comisión, llevadle este obsequio con mi bendición, pues no es mas que un deber lo que practico. ¿No debo tener reconocimiento para con los que me dan ocasión de practicar la caridad? y en verdad soy grandemente deudora para con esta amada hermana: repito, que lo que le envío es menos un presente que el pago de una deuda sagrada!»

Digámoslo de una vez: Liduvina encontraba frecuentes y amargas pruebas en el seno mismo de su familia. Uno de sus hermanos, al casarse, había traído una mujer melancólica bajo el techo paterno: era la criatura más discolá que pudiera imaginarse, ella habría rivalizado con la misma mujer del Santo Job. Jamás estaba contenta: siempre y en todo, con razón ó sin ella, encontraba materia para quejarse, y entonces era un diluvio espantoso de palabras sin fin, y para aumento de males no hablaba en voz llana sino que gritaba hasta romper la cabeza. Sobre todo, para que no faltase nada á los encantos de su conversación,

tenía buen cuidado de sazonar sus graciosos discursos con injurias mas ó menos groseras. . . . en una palabra, era esa mujer un verdadero tirano, una especie de demonio doméstico que hacía á su alrededor numerosos mártires, y Liduvina estaba lejos de escapársele. No había ni angélica dulzura ni eminente santidad que pudiese hallar gracia á los ojos de aquella mujer: la dulce virgen era su víctima de predilección, y de casi todos los instantes. El Duque Juan de Baviera vino un dia bajo un buen disfraz á tratar con la santa de algunos negocios de conciencia, y la terrible mujer llegó repentinamente. No conociendo al Príncipe, como siempre, se puso á querellar y lo hizo tanto, tanto, y llegó á un diapason tan elevado, que el Príncipe molesto al fin llegó á decir ¿qué quiere pues esta locuaz golondrina, que ella sola turba toda la casa? semejante mujer es una calamidad. ¿Cómo podeis sufrirla Liduvina? Monseñor, respondió la santa, hay mucho provecho en soportar á las personas de ese carácter, pues ó se corrigen ganándolas á fuerza de paciencia, ó uno se perfecciona más y más por el ejercicio incesante que proporcionan á la virtud, ó á lo menos se evita el empujarlas á la exasperación que no haría mas que acabarlas de desencadenar.

El Príncipe, edificado, admiró esta respuesta, pero como tenía necesidad de silencio, dió á esta mujer algunas monedas para comprometerla á que callase á lo menos hasta su partida.

Cuántas otras virtudes podríamos mostrar aquí al lado de la humilde y dulce paciencia de nuestra Santa! Cuánto tendríamos que decir de su obediencia tan sobrenatural, tan entera, tan pronta y tan llena de abnegación! Y también, cuánto diríamos de esa belleza inmaculada del corazón que guardaba con tan piadoso

escrúpulo, y que resplandecía en ella con tal esplendor, que así durante su vida como después de su muerte todos en Squidam sólo la llamaban *la virgen!*

Mas debiendo limitarnos nos apresuramos á llegar á una de sus virtudes que ha llenado y dominado toda su vida, virtud que es como el foco y la plenitud de todas las otras, estrechando en un mismo abrazo á Dios y á los hombres. . . . Queremos hablar de la caridad!

Abrid la puerta de vuestro corazón á una virtud, y muy pronto llamará ella á las otras, porque las virtudes son hermanas como lo son también todos los vicios!

CAPITULO X.

CARIDAD Ó AMOR Á LOS POBRES.

Poder de la inspiración cristiana.—Pobre y crucificada, Liduvina es una providencia.—Santa milicia que organiza.—Los pobres son reyes!—La carne salada.—Una desgraciada epiléptica y el frasco de vino.—Seis varas de lienzo.—La bolsa de Jesús.—Una mujer caritativa maravillosamente consolada.—Beneficio inmediatamente correspondido.—Admirable visión en el cielo.

HAY en el cristianismo una actividad prodigiosa, una potencia inaudita de fecundidad que sólo basta para demostrar su carácter divino. Y es un espectáculo tan elocuente como sublime el que nos presenta cuando hace brotar los tesoros del seno de la pobreza

ó la vida y la alegría de las mismas entrañas del dolor. . . . como en otro tiempo hizo Dios salir mundos espléndidos de los abismos de la nada!

Ved allí una pobre mujer recostada en un pobre lecho de paja; allí con su horrorosa miseria, inmóvil, torturada por una enfermedad sin nombre casi desde su infancia, y ésta para siempre. . . . Qué podría pedirle á esta pobre mujer? en qué podría ocuparse del resto de los hombres? ciertamente que harto tiene que hacer con sus propios dolores! El pedirle que se crea dichosa en su lamentable suerte, sería ya una cruel ironía: mas pedirle el que ayude y haga bien á la humanidad, vendría á ser como una especie de injuria sangrienta. Lo que podría á lo mas racionalmente esperarse de ella, sería el que no contristase al anundo con el espectáculo de sus llagas y de su desesperación mientras acabara su vida en su dolorosa é inevitable inutilidad!

Pues bien! con el cristianismo no pasa así, porque el cristianismo ha tocado á esa mujer en el corazón, y no sólo no siente nada de horrorosa desesperación: mas encuentra en sus dolores que bendice, un encanto desconocido, suavidades que la arrebatan hasta el heroísmo de la paciencia, y casi hasta el éxtasis de la dicha. . . . lo que evidentemente es un inmenso beneficio para ella y lo mismo para la humanidad á quien enseña y fortifica con su ejemplo. Pero hay mas aún. Vé aquí que se inicia en esta alma un movimiento de amor y una vida que tiene necesidad de explayarse: la pobre mujer no se acuerda ya ni de su pobreza, ni de sus sufrimientos; antes busca y llama á su redor á todos los sufrimientos y á todas las pobreza para aliviarlas. Si preciso es, hará verdaderos prodigios; y en su miseria, hará más bien y consolará más

dolores ella sola, que todos los ricos de una ciudad ó aun de una provincia entera!

Liduvina era en efecto, la dulce providencia de los pobres, de los afligidos y de todos aquellos á quienes hería la desgracia, y de todas partes acudían á ella como se acude á una madre, y siempre y para todos tenía socorros inextinguibles. Todo cuanto tenía dábalo á los pobres hasta el último óbolo, y cuando ya lo había dado todo, aun seguía dando en cierto modo; porque entonces, daba, tanto á los pobres como á los afligidos, lágrimas, alientos y consuelos tan dulces y afectuosos, y tan verdaderos, que los que recibían la limosna de pan no se iban nunca tan dichosos como los que llevaban la santa limosna del corazón! Ya hemos dicho que Dios para probarla de mil maneras había permitido al principio que la caridad de los otros se resfriase para con ella de un modo sensible, de suerte que rara vez le impartían algún auxilio. Mas cuando la vieron en su ardiente caridad que no aceptaba ni guardaba nada para sí de las pequeñas limosnas que la hacían, y que á pesar de su extremada miseria no pensaba más que en sus pobres para dárselos todo con tanto amor, entonces acudían á hacerle mas abundantes limosnas, con las cuales iba pudiendo extender el círculo de sus buenas obras; y como no bastaba ya á su solicitud el aliviar á los desgraciados que se presentaban en su casa, no creía poder abandonar á los que no podían ó no se atrevían á llegar hasta su persona.

En consecuencia, la santa llegó á organizar bajo de su pobre techo, como una santa milicia de siervas de los pobres, que eran unas piadosas mujeres que había sabido ganar, y en cuyo corazón había encendido una chispa del fuego divino que la devoraba, envián-

dolas por las calles y por las bohardillas de Squidam, en busca de los indigentes, de los desgraciados y de los enfermos, para aliviar todos los dolores; Liduvina desde su lecho hacía todo, lo dirigía todo, lo animaba y ordenaba hasta en los menores detalles. A ese anciano, hay necesidad de seguirle impartiendo tales cuidados; llevareis tal socorro á aquella pobre madre para su enfermo; preparad tales alimentos de tal y cual manera, sobre todo no os olvideis hacer tales compras y preparar tales provisiones para mañana. . . . ya porque Liduvina pensaba hasta en las provisiones; y en el invierno por ejemplo, hacía salar cantidades considerables de carne que distribuía en el estío á sus amados pobres.

Por otra parte, ningún sufrimiento se le escapaba, y sabía á veces sorprender aún los mas secretos dolores. Hallábanse en Squidam muchas familias ricas que las circunstancias habian reducido á una pobreza tanto mas dolorosa cuanto mas se esforzaban en ocultarla á todas las miradas. Liduvina no pudo dejar de adivinar con su corazón lo horroroso de esta miseria después de la abundancia, y que no osaba darse á conocer, conmovióse su caridad con una especie de predilección para con esas desgraciadas familias, y comenzó á velar sobre ellas como una madre: enviábales alivios y socorros de toda especie, mas siempre con tanta discreción y secreto, y con tal delicadeza y miramientos por su nobleza, que en realidad era salvarlas doblemente.

Cuando le faltaban los recursos, no abandonaba por esto á sus amados pobres; pues entonces pedía limosna y se hacía mendiga para encontrarles pan, llamaba cerca de su lecho á algunas personas ricas y abogaba ante ellas en favor de los que nombraba sus hijos.

¿Cómo resistirse á esta palabra tan tierna y tan patética? ¿Cómo rehusar algo á esta conmovedora miseria implorando la compasión, no para sí, sino para otros miserables? Así, siempre caían juntas las lágrimas de ternura con algún nuevo tesoro que tal vez había quedado enterrado, pero que Liduvina se apresuraba á aprovechar, consolando otros dolores y derramando nuevos beneficios en torno suyo.

¿Quién podría contar todos los indigentes, todos los desgraciados, todos los enfermos, y pobres vergonzantes, los huérfanos y los ancianos que pudo de este modo socorrer? Espántase la imaginación al considerar lo que distribuyó en pan, carnes, vino, remedios, leña, lienzos, vestidos y dinero á los menesterosos de todo género.

Y quien todo esto hacía, era una pobre mujer recostada en pobre lecho, pasando su vida en una espantosa miseria y martirizada por increíbles tormentos!

A veces Liduvina llegaba hasta la magnificencia para con sus amados enfermos, y para con sus pobres tan queridos: "Catarina, decía á una piadosa viuda que empleaba en sus buenas obras, hoy ireis al mercado y comprareis lo que encontráreis mas delicado, preparándolo lo mejor que sea posible para nuestros pobres. Oh! ved á nuestros muy amados pobres, cómo en verdad lo son, como los reyes del cielo! esos son otros Jesucristo! por eso conviene á lo menos de tiempo en tiempo tratarlos con honor. Id, hermana mia, y no hagais caso alguno del gasto, que Dios sabrá proveer bien para todo.

Y el Señor en verdad que proveía; pues mas de una vez se complació en mostrar cuán agradables le eran este amor de los pobres y esta filial confianza en su Majestad. Más de una vez para recompensar á Lidu-

vina y multiplicar sus gozos con sus beneficios, como también para hacer ver al mundo que esta magnífica caridad no era virtud humana que tomaba su fuerza de la sola naturaleza, su Majestad glorificó á nuestra santa dignándose aumentar milagrosamente sus recursos.

Liduvina tenía que proveer á mas de treinta familias pobres después del terrible incendio. Un dia había mandado á sus amigas que tomasen de su provisión de carne salada, y á cierto tiempo esas mujeres volvieron precipitadamente á la caritativa Liduvina, diciendo: "milagro! milagro! ya hemos tomado de vuestra provisión y hemos servido abundantemente á treinta familias, y la provisión en nada disminuye! Pues bien, respondió Liduvina, demos gracias á Dios de este prodigio, que se debe no á mis merecimientos, sino sólo á su bondad, pues ya sabeis que Dios ha dicho: "Dad y el cielo os dará!" y así continuó la distribución con mucha abundancia, y la vianda milagrosa seguía siempre multiplicándose. Los pobres comían de ella; se les servía á los peregrinos que visitaban á Liduvina, y su familia también se alimentaba, y hasta los ricos de Squidam querian tenerla y la comían por devoción, tan incontestable así era el prodigio! Mas este enorme consumo aun no disminuía la provisión, que permanecía siempre la misma, y por mucho tiempo fué como un precioso é inextinguible tesoro.

Otro dia, una pobre epiléptica entreabrió la puerta, pues acababa de ser derribada en la calle por una terrible crisis, y todos habían huido espantados, dejándola luchar con su horroroso mal; mas al fin vuelta en sí, quebrantada, y sin fuerzas, y sobre todo, devorada de una sed intolerable, entraba en casa de

Liduvina gritando: "de beber, dadme de beber!" Liduvina había olvidado que le quedaba un poco de vino, (porque en esta época tomaba todavía una ligera bebida), le indicó con el dedo un vaso lleno de agua, que de un trago quedó vacío, y la pobre mujer siempre gritaba: "Oh! qué sed tengo!" entonces la virgen se acordó de aquel vino y se lo sirvió, mas también el vino desapareció—como una gota de agua arrojada en un brasero encendido—y la infortunada todavía repetía: "de beber, ah! dadme de beber." Tomad, dijo entonces la virgen conmovida, y ofrecióle una moneda; id con este dinero, hija mia, á comprar con qué apagar vuestra sed. . . ." y la pobre epiléptica partió.

Pocas horas después, Liduvina encendida por la fiebre, y devorada á su vez por una sed horrible, pidió á su padre unas gotas de vino para refrescar sus labios, y ya había olvidado que lo había servido á la epiléptica; Pedro, que nada sabía, tomó el frasco y lo presentó á su querida enferma. Liduvina se acordó entonces que no tenía vino: mas ¡oh bondad del Señor! el frasco en el que había puesto la epiléptica sus labios, estaba lleno de un vino tan exquisito, que jamás había tomado otro igual, y bebiólo sin ninguna dificultad, cosa que no podía hacer con ningún licor, pues que sólo lo pasaba gota á gota. Este milagro duró por muchos meses, y Liduvina se fortalecía con este vino que la divina bondad le regalaba de un modo tan admirable. Mas contaremos otro beneficio, y otra nueva maravilla. La piadosa virgen acababa de saber que un pobre sacerdote carecía de vestidos conformes á la dignidad de su caracter, y la santa queriendo proveer esta necesidad, inmediatamente envió á comprar la tela conveniente; mas en vano la buscaron en todo Squidam, pues volvieron á la santa sin

encontrar nada. Dios mio! dijo una mujer que acababa de llegar á casa de Liduvina, yo tengo en mi casa una tela negra, y desearía que lo que me sobrara de ella pudiera ser suficiente, pues la daría con mucho gusto. —Ciertamente, dijo la virgen, teneis esa tela?—Sí, Liduvina, mas es necedad hablar de ello, porque no tengo más que seis varas, y cuando hubiese tomado lo que necesito para mi hija y para mí, nada puede sobrar. "Qué importa! hermana mia, enseñadme vuestra tela, y ya verémos: pues si Dios nos ayuda tal vez habrá bastante para todos!" Fuése pues la mujer por la tela negra, y Liduvina la toma y hace como que la mide, sirviéndose para esta operación de la boca y del brazo izquierdo; diez veces, veinte veces, renueva el movimiento. . . . y la pieza se presta á ello y se vá alargando más y más, llegando á crecer tanto, que se completó un vestido entero para el pobre sacerdote y otro para la madre y la hija que lo habían proporcionado. Es inaudito! exclamaban las mujeres admiradas! Liduvina, le decían, explicadnos cómo ha sido esto!—Dios es, hermanas mias, les contestó la humilde virgen, Dios es quien por el ministerio de mi buen ángel ha vestido á ese pobre sacerdote, sin privaros de la tela que necesitábais.

Notémoslo aquí que la inmensa caridad de Liduvina parecía llegar algunas veces hasta provocar la bondad de Dios, como forzándolo en cierta manera á secundar por estos prodigios la ardiente necesidad que tenía de encontrar, con mas abundantes recursos, mayor esfera de expansión; el Señor, por su parte correspondía con amor á la generosa y santa provocación de su hija, y vamos á ver de ello una prueba admirable. Pocos años antes de su muerte, Liduvina perdió á su hermano Guillermo, el cual no dejaba por herencia á

sus pobres hijos mas que enormes deudas que no se podían pagar aun aceptando la mas horrorosa miseria: y al saberlo quebrantó el corazón de Liduvina para quien no bastaban las lágrimas, sino que á su caridad era necesaria la acción, y en caso necesario con su confianza en Dios procuraría aun lo imposible; pues en el acto hace vender unos pobres muebles dejados por Guillermo, y á mas la última alhajita que le quedaba como una reliquia y recuerdo de su madre. Los muebles y la joya, todo sumó apenas unas ocho libras de Holanda, las que depositó en una bolsa. Después, hizo llamar cerca de su lecho á un pariente que disfrutaba toda su confianza. "Primo mio, le dijo, he aquí una bolsa, con cuyo dinero tened á bien ir pagando las deudas de mis sobrinos hasta el último centavo; y cuando hallais acabado de hacer el pago, me traereis lo restante." El primo se puso inmediatamente en camino, pagó á todos los acreedores y volvió; mas la bolsa parecía aun llena! "Vaciadla, dijo Liduvina, para saber lo que queda." El primo la vació en una mesa diciendo: he aquí una bolsa bien rara! Qué tesoros pues, habían puesto en ella? yo he pagado no sé cuánto sin que haya faltado nada. Y al presente he aquí que parece que nada se le ha sacado.—Contad, pues, dijo Liduvina, y entonces el primo púsose á contar.—Volved á comenzar, os lo ruego, añadió la enferma, y segunda y tercera vez volvió á contar. Y bien, primo, cuánto es lo que queda?—Ni mas ni menos prima mia, os quedan ocho libras.—Ocho libras? exclamó Liduvina con transporte. Ocho libras! precisamente es la cantidad que habeis llevado. . . . Dios mio, bendito seais! esta bolsa de hoy en adelante no se llamará mas que la Bolsa de Jesús!

El nombre le convenía perfectamente, pues en efec-

to, esta bolsa permanecía inagotable. Numerosos testigos y de los mas verídicos la han tenido en sus manos, y han visto el dinero multiplicarse en su seno; con todo, Liduvina no la tocaba jamás cuando tenía otros recursos, sino sólo cuando le faltaban limosnas ó estaba enteramente desprovista de recursos; entonces tomaba con abundancia, y Dios sabe con cuanta magnificencia colmaba de socorros á sus pobres muy amados! El día que la santa murió se encontró cerca de ella esta milagrosa Bolsa de Jesús, que estaba todavía llena hasta la mitad!

Añadamos que Dios no se limitaba á todas esas maravillas, pues para mostrar cuan preciosa le era la caridad de su sierva, complacíase en bendecirla algunas veces de un modo no menos admirable hasta en los que en torno suyo la practicaban en su nombre y bajo su inspiración.

Por ejemplo, había entre las personas que Liduvina empleaba en la visita y servicio de los pobres, una mujer que le había inspirado particular afecto y que en realidad lo merecía: pues se encontraban en ella las mejores cualidades, una piedad y abnegación á toda prueba, y sobre todo, un celo ardiente por las obras de caridad. Mas por desgracia acometiale muchas veces una gran tristeza que nada podía distraer, y que causaba hasta compasión! Un día la llamó Liduvina cerca de su lecho, y le dijo con un tono de indefinible ternura: "id al mercado, os lo ruego, y comprad para nuestros pobres y enfermos los mejores peces que pudiéreis encontrar, y después los preparareis de la manera que sabeis serles mas agradables; pues hoy siento una irresistible necesidad de regocijar un poco á esos miembros pacientes de Jesucristo." La piadosa mujer partió inmediatamente, pronta como

Marta cuando le anunciaron que tendría el insigne honor de recibir á su mesa á su Salvador y su Dios.

Mas en tanto que se apresuraba á servir á los pobres, Liduvina por su parte, como María á los pies de Jesús, se ponía á orar por ella con trasportes de fervor, llamando sobre tanta abnegación una recompensa que le parecía que el divino Maestro no podía negarle.

Por fin, vuelve la caritativa mensajera. "Mi muy amada hermana, se apresuró á decir la virgen, (había en sus palabras una extraordinaria efusión de corazón), habeis hecho ya lo que os he encargado?—Sí, respondió la mujer con triste sonrisa, y aire sombrío y melancólico: sí, ya lo he hecho lo mejor que he podido.—Pues bien, mi carísima hermana, habeis hecho una cosa muy agradable al Señor, y creo que su Majestad os lo vá á recompensar. Pedidle lo que os inspire vuestra conciencia y aquello que mas deseais. Yo apoyaré vuestra oración cerca de nuestro buen Maestro, con todo el fervor que pueda.—"Ay, Liduvina, respondió la pobre mujer temblando de emoción, lo que yo deseo, lo que con toda mi alma ambiciono, si me lo obteneis, sereis para mí una hermana, y nó, no es bastante, sereis para mí una madre, la mas verdadera y la mejor de todas las madres, y os amaré con todo el amor con que una hija puede amar á su madre!"

Entonces, pedid lo que querais, continuó la enferma conmovida.—"Más qué vais á pensar, Liduvina? Oh, si supiéseis cuán desgraciada soy! qué tristeza tan terrible me devora! estoy triste, ya lo veis, harto triste, porque he pecado gravemente, porque conociendo mi debilidad tiemblo de no permanecer fiel á Dios hasta el fin; veo, á la vez el porvenir y lo pasado que se levantan delante de mí y me llenan de espanto! oh! pedid pues al Señor

el perdón de mis faltas y la gracia de la perseverancia. Todo lo demás no me es nada y á vuestra caridad lo dejo.» — «Vos pedís mucho, amada hermana, respondió la santa, porque el perdón y la perseverancia lo son todo. Mas tengamos confianza, yo por mi parte suplico ardientemente á nuestro Salvador que escuche vuestra oración, y como su Majestad es tan bueno y tan misericordioso, no dejará de escucharnos.»

A esas palabras, y en el instante en que la virgen las pronunciaba, la humilde mujer sintió que le pasaba una cosa inaudita: parecíale que le quitaban del corazón un peso inmenso, que toda su alma se abría á una luz y alegría hasta entonces desconocida; sentíase como transfigurada, la tristeza con sus desalientos había huido para no volver mas: la esperanza, la paz con todos los gozos y delicias de la virtud, formaban desde entonces el cortejo de su vida; la limosna era la que había obrado este prodigio, y una vez más se había realizado aun aquí en la tierra la palabra de Aquel que ha dicho: «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia!» Otra vez nuestra amable crucificada veía cerca de sí á un hombre cuya piedad conocía, el cual con toda su habitual simplicidad le hizo una petición en que la caridad se interesaba como siempre. «Yo tengo, le dijo, algunos pobres que quisiera confortar, y sería muy de mi agrado el regalarles aunque fuese en pequeño, porque conviene algunas veces indemnizarlos de la dura abstinencia á que están sujetos: ¿podrías darme para ellos un trozo de lardo?—Sí, Liduvina, y con muchísimo gusto, respondió el obsequioso visitador; ahora puedo hacerlo con mucha facilidad, porque acabo de hacer mi provisión.» Vuelto pues á su casa el digno hombre, con el corazón embalsamado de la santidad que le

había hecho hablar, y con la conmovedora caridad que se hace mendiga por Jesucristo, toma su resolución, y ya no será sólo un simple trozo lo que desprenderá de su provisión, pues no podría escasear cuando veía á la santa darse á sí misma de un modo tan admirable. Liduvina lo obtendrá todo; y así, toma aquel su provisión toda entera, y tal se la manda.

¿Qué fué lo que pasó entonces en el corazón de la virgen? ¿Qué oración hizo á su Esposo en la efusión de su corazón así regocijado? Dios sólo lo sabe; mas apenas habían pasado unos instantes, cuando el piadoso amigo de nuestra santa, entrando por casualidad en el aposento de donde su provisión acababa de salir para pasar á la casa de Liduvina, no puede menos de dar un grito de espanto y de admiración, porque encuentra una nueva provisión mas grande y de mejor calidad que la que ha enviado á la santa. La familia toda y los vecinos fueron testigos del milagro. El hecho era humanamente inexplicable, y era preciso ver allí la acción de Dios, que había querido hacer comprender cuan agradable le es la mano que se abre para dar, y al mismo tiempo recompensar á su siervo á quien este milagro hizo más adicto á la virgen, y más generoso para con los pobres, así como lleno de fervor y devoción en sus obras de piedad.

Todos esos milagros, ó mas bien, todos esos recursos suministrados á su caridad por esos milagros, inspiraban á nuestra santa un profundo reconocimiento, que muchas veces le era recompensado, y una vez entre otras lo fué de una manera que debió inflamar más y más vivamente su celo. Liduvina enviaba algunas mujeres á llevar socorros á sus pobres, y tenía esta costumbre, que inmediatamente que partían, se ponía en oración, daba gracias con un fervor angélico

al Autor de todo bien por el favor que le hacía, dignándose asociarla al privilegio mas dulce y mas glorioso de su Divinidad, es decir, permitiéndole derramar en torno suyo algunos beneficios; un día que cumplía ese tierno deber, tuvo esta visión. Miraba en los cielos una admirable luz hacia la cual subía ella con otras almas que la acompañaban, y con ellas iba á entrar al paraíso! Entonces miraba venir á los ángeles, á los bienaventurados, y á todos los escogidos del eterno reino, revestidos de deslumbrante majestad, y á María Santísima que con una diadema en la frente se ostentaba en medio de ellos, mil veces mas hermosa, mil y mil veces mas brillante de luz y de gloria! Y en tanto que Liduvina se embriagaba de dicha con este espectáculo, suntuosas mesas se iban aderezando, pues los santos iban trayendo en vasos preciosos y poniéndolos en las mesas, vinos y manjares. Y un ángel, desprendiéndose del coro glorioso de los espíritus, habíase llegado á la humilde virgen, y saludándola con respeto le decía: "Liduvina, ves esos vinos y esos manjares en las mesas? pues esas son tus limosnas." Y la virgen con inexplicable felicidad veía aquellas groseras viandas que daba á los pobres, transformadas allí como en viandas celestiales, exhalando un divino perfume; veía que el vino que había enviado en vasijas de barro á los enfermos y ancianos, era ahora allá en el cielo como un vino de vida inmortal, encerrado en vasos de oro.

La santa escuchaba también incomparables sinfonías, y después, dando la Santísima virgen la señal, comenzaba el festín. Los ángeles, los profetas, los apóstoles, los mártires, los sacerdotes y todos los santos, habían ocupado un lugar en el banquete: Liduvina se hallaba con ellos y entre ellos, ella servía á todos

esos escogidos de Dios y ellos la servían también á ella! Con ellos y como ellos era bienaventurada!

Así glorifica Dios en el cielo, las limosnas dadas en la tierra. El hacer limosna, es dar prestado á Jesucristo; pues que su Majestad ha dicho: "Lo que hiciéreis con el mas pequeño de los míos, conmigo lo habeis hecho!"

CAPITULO XI.

CARIDAD Ó CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.

Sabios consejos que dá Liduvina á los jóvenes, á los artesanos, á los ricos, á los esposos, á las almas inquietas é inconstantes, á una viuda, á un religioso llamado al Episcopado.—A todos recomienda el trabajo, el cumplimiento de los deberes de su estado, la obediencia á la Iglesia y á los superiores, la caridad.

LIDUVINA sabía que además de la miseria de los cuerpos, hay otra miseria mucho mas dolorosa, que es la de las almas! Y por consiguiente, mas allá de la caridad que se ocupa de las necesidades temporales y tiene cuidado de los sufrimientos de la carne, del grito del hambre y del frio, hay otra caridad que tiene cuidado del alma, que se esfuerza en curar sus ignorancias y sus llagas, que la moraliza y la rehabilita, trayéndola al camino de sus gloriosos destinos. En otros términos: aparte de la limosna del pan y del vestido, hay la limosna de la verdad y de la virtud, la limosna de la instrucción y del consejo: son dos carida-